

LA INJURIA

## I

La fotografía, si tiene sus inexactitudes y deficiencias, tiene también sus maravillas. ¡Cómo alcanzar con la pluma la minuciosa determinación de los rasgos que ofrecen a la luz los cuerpos, y que una placa de gelatina archiva con toda su prolijidad!

Yo admiro a esos grandes fotógrafos de la palabra, que, con una paciencia inagotable, saben mantener su atención sobre cada uno de los detalles que les presenta, ordenadamente, aquello que se proponen describir. Pero si esto me produce admiración por la labor que representa, por el esfuerzo gigantesco que supone mantener toda la actividad sorda a las excitaciones del espíritu, que pugna por sublevarse y distraerse de la tarea que le ha sido impuesta, declaro que admiro muchísimo más a esos otros artistas que han sabido apoderarse de la significación, del alma de las cosas, y las colocan ante los ojos del lector con toda su fuerza, con toda su energía interna, con tal vigor y trascendencia tal, que parece que el secreto de cada ser se revela a nosotros por la intervención de esas grandes genialidades, traducándose en nuestros pensamientos y en nuestros actos, como formando parte de la vida, que, a partir de aquella impresión, hemos de manifestar, de desenvolver, de realizar.

Ver un montón de piedras que han permanecido un siglo y otro en su puesto, guardando fieles, ya el dintel que el arquitecto heleno construyó cientos de años antes de que el Cristo pronunciara el Sermón del Monte; ya el artífice romano dibujó en el cielo para glorificar grandezas terrenas. Recibir en la retina la impresión de un paisaje, era contemplado al despertar y levantarse de una mañana de primavera; con todas las fascinaciones de las hojas frescas y jugosas, de los brotes a medio abrir, de la vida que se irradia y se difunde; ora sorprendido entre las audacias infinitas de ese gran colorista, el sol poniente, al adormecerse y declinar de una tarde de otoño, con toda la melancolía de las hojas caídas sobre el menudo césped, de las ramas desnudas, que, como índices suplicantes, se elevan al cielo en la plegaria silenciosa de nuevos días de calor y de luz, sufriendo resignadas la frialdad impacable de la helada, con el misterioso profundo de la vida que cesa y se recoge, para elaborar en su propio seno, aparentemente muerto, nuevos brotes, nuevas ramas, nuevas hojas jugosas, nueva semilla, nuevas flores y nuevos frutos, cuando vuelvan esos días de calor y de luz de la plegaria muda. Acercarse al abrupto acantilado de la costa y admirar cómo la ola gigantesca, con su cresta de hirviente espuma, álzase al infinito, al encuentro del cielo, que baja en nubes negras y pesadas, produciéndose esa conjunción extraordinaria y monstruosa, esa convulsión inmensa de la naturaleza—la tempestad—que en el seno de sus tenebrosidades tiene iluminaciones como el rayo y besos como el trueno, para engendrar en aquel momento terrible de sublime expansión la mañana siguiente: el espectáculo dulce y apacible que se desenvuelve en el oleaje suave de las ondulaciones azuladas, cubiertas por el encaje purísimo de su plateada espuma, viniendo a lamer tranquilamente la dorada arena de la playa.

Y viendo todo esto, poder llevar al ánimo del lector el alma, la vida de estas cosas, ¿no es una facultad, un poder, un don, maravilloso y envidiable?

Luego, a medida que la dificultad sube de punto, multiplíquese la envidia.

No es ya el esqueleto adintelado o las ruinas del arco, ni el paisaje, ni la marina, el motivo de una impresión viva y profunda. Es una causa más cercana, más directa todavía; es el alma humana misma lo que os atrae y encanta, algo tan vulgar y al mismo tiempo tan santo como una confesión espontánea, en que late todo el pasado de una vida; una historia más humilde, más modesta, y más sencilla tal vez, que la que cuentan los históricos sillares, y en la que hay mañanas de juventud irradiando vida, tardes de otoño perfumadas por melancolías profundas, y tempestades hondas provocadas en un espíritu, por la brutal expansión de las fuerzas ciegas de la vida social. Todo ello desenvolviéndose en una conversación agradable y tranquila, como el oleaje, que en los días serenos, besa apacible la arena de la playa.

Y decidme: ¿cómo no he de envidiar yo ahora ese don maravilloso?

Pero no quiero cansar con más digresiones la atención del lector. Si el detalle me distrae y no sé hacer la fotografía, si la inspiración me falta y no sé hacerla pintura, que su indulgencia me acompañe; que es preciso, para que la humana labor se realice que alcancen las excelencias de los unos donde lleguen las deficiencias de los otros.

Al relato, pues.

## II

Es mi vecino, el dueño de la VILLA de enfrente, un hombre laborioso que en el comercio de lanas ha hecho su fortuna. A esta ocupación—me habían dicho—ha dedicado todo su tiempo. No se ha mezclado nunca en política, porque reconoce todas las

instituciones en cuanto se le presentan acuñadas en una moneda de ley; constituye su religión, el culto al dinero.

Estos informes, cuya exactitud todo parecía confirmar, no me lo hicieron simpático. Así es que resultaban exagerados a mis ojos, su aire reposado y reflexivo (que interpretaba como indiferente para los otros y calculador para las cifras del provecho personal), su abdomen un tanto prominente, su cabeza calva y sus manos grandes y callosas. Detalles todos que, bajo la impresión de tales noticias, parecían justificar mi antipatía, en el veleidoso sentir de esas impresiones dughaces que a diario recibimos y aceptamos sin ulterior reflexión, ya por una especie de desidio mental, ya por la dificultad de analizarlas todas, quedando en la oscuridad del sentir indefinido, donde la malicia enciende no pocas veces la linterna sorda de la suspicacia, para guiarse por los recodos que los rayos del claro entender dejaron en la sombra.

Por estas razones, antes de anoche, al encontrario en casa de Angela, la espiritual duquesa de Alto-cielo, no me sentí agradaado por la idea de la representación oficial, teniendo que encerrarme en los fríos moldes de la cortesía, para comprimir los aleteos de prejuicios que me revoloteaban por la imaginación, cuando el señor Hernán del Fresno—que así se llama—me dirigió con su saludo una afable sonrisa.

Pero la duquesa, que es un lince, viendo con sorprendente claridad lo que pasaba en mí, quiso cambiar mis impresiones, y al presentarme, haciéndonos sentar junto a ella, dió seguidamente con el tema de conversación que al vecino y a mí había de sernos interesante y simpático. Quiso que habláramos de la educación de la infancia, y tan por completo logró sus deseos, que antes de que yo me diera cuenta del tiempo transcurrido, advertí que había

llegado la hora de despedirme, sin que nuestra charla hubiera perdido un ápice de su interés y sin que se me ocurriera rehusar la invitación de mi nuevo amigo, para que fuese a continuarla hoy en su casa, tomando con él una taza de té, ya que el cansancio de un viaje me obligaba a retirarme temprano.

Ahora vengo de allí. El vecino me ha hablado de su vida de trabajo, haciéndome a pedazos su historia; de sus ideas, revelándome a sacudidas el fondo de su conciencia; de sus sentimientos, abriéndome de par en par su corazón; todo ello con un desorden y una sinceridad encantadoras.

No trataré de repetir servilmente ni sus frases ni sus giros: no intentaré **fonografiar** nuestra entrevista ante el temor que me asalta, de no acertar a transmitir al lector **lo que me dijo**, por atender al trivial prurito de **calcar** su manera de decirlo.

### III

—Estas cosas de la educación me interesan tanto —me decía él con sus palabras y a su modo— porque tengo un hijo en el que se cifran y compendian todos mis anhelos, mi vida toda. Por él acaricio las aspiraciones más altas que he podido concebir, por él aliento la ambición loca de ser padre de un gran artista.

Pero para que usted me comprenda, es preciso que conozca algo de mi vida.

Nací yo en una de las más pobres comarcas de Castilla. Siendo niño, llevóme consigo a Valladolid un canónigo, hermano de mi madre, con el propósito de hacerme cursar la carrera de leyes. ¡Y qué rara es la vida!; yo, que no llegué siquiera a concluir el bachillerato, recibí de mi tío, contra su voluntad, o por lo menos contra sus deseos concretos, beneficios mucho mayores. Mi tío tenía un libro, la Biblia, que llegó a ser mi pasión, una pasión ilícita, porque era el

latín, la geografía y las matemáticas lo que yo debía amar.

Como un sueño, recuerdo mis lecturas de contrabando a la luz que se filtraba por el vidrio de una ventanucha cuadrada y chiquitina, encerrado en el más escondido lugar de la casa, donde lo olvidaba todo, absolutamente todo, como si los sentidos no existieran en mí para la realidad material, y sí solo, para las imágenes, que mi fantasía iba ofreciéndome. Las paredes de la estrecha habitación en que me encerraba, rompíanse como por encanto y sentíame en medio de las tenebrosidades del caos, cuando el FIAT LUX! sonaba en las alturas, y correteaba anhelante por el paraíso del deleite, y seguía a Adán en su expulsión, y a Caín en el eterno destierro de sus remordimientos, y navegaba con Noé por la inmensidad de las aguas, y peregrinaba con Abraham, contemplando en el horizonte el llamear gigantesco de las ciudades incendiadas por la ira de Jehová, y ayudándole a llevar la leña del sacrificio, ascendía con Isaac al monte en la tierra de Visión, y bajaba con José a la cisterna, y le acompañaba a Egipto, y entraba allí con él, en la cárcel primero, y en el palacio de los Faraones después, para salir de la tierra del Nilo, con Moisés, y Aarón, en pos de la columna "de nube y de fuego" hasta el Sinaí, a recibir las Tablas de la Ley. Y si al fulgurar del rayo en lo alto, recibía en mis ojos una impresión deslumbrante por lo intensa, a la dulce claridad del Calvario, sentíame inundado de un inefable bienestar, y veía mi vida semejante al sendero del justo, que, al decir de Salomón, se ensancha, como la alborada, a medida que avanza hasta llegar a la perfección del mediodía.

Pero la realidad tiene sus exigencias y sus imposiciones, y las largas horas que pasaba con los libritos de texto, abiertos ante mis ojos distraídos, en una infructuosa tarea, trajeron sobre mí esta sen-